

# FUNDACIÓN BOTÍN – CONCIERTOS DE OTOÑO 2015

**5 de octubre**

## **LA MÚSICA APAGA LAS VELAS**

(Este concierto pertenece al ciclo CONCIERTOS TEMÁTICOS que fue aplazado por razones de tipo técnico)

**Marina Rodríguez Cusí**, mezzosoprano

**Menchu Gutiérrez**, narradora

**Luciano González Sarmiento**, director

### **Ensemble Instrumental de Cantabria**

**Ana Gobantes**, piano

**Lara Manzano**, flauta

**Alberto Gorrochategui**, violoncello

**Víctor Manuel Aja**, percusión

### **PROGRAMA**

**TOMÁS MARCO (1942)**

**En un instante todo fue silencio...**

(Texto poético de Luciano González Sarmiento)

(Voz y violoncello)

**KARLHEINZ STOCKHAUSEN (1928-2007)**

**Tierkreis – Los signos del Zodiaco**

(Piano, flauta, percusión y violoncello)

(Versión de Antonio Noguera)

Acuario - Piscis - Aries - Taurus -

Géminis - Cáncer - Leo - Virgo -

Libra - Escorpio - Sagitario - Capricornio

**ANTONIO NOGUERA (1963) – MENCHU GUTIÉRREZ (1957)**

**La música apaga las velas (\*)**

(Cantata para recitador, mezzosoprano, piano, flauta, percusión y violoncello)

(\*) Estreno absoluto

## INTÉRPRETES

### MARINA RODRÍGUEZ CUSÍ

Tras haber sido premiada en diversos concursos, se ha presentado en importantes escenarios interpretando: (Zenobia) Radamisto de Haendel en Concertgebouw de Ámsterdam y Musikverein de Viena, (Hermia) A Midsummer Night's Dream y (Ottavia) L'Incoronazione di Poppea en Staatsoper de Hamburgo dirigida por Simone Young y A. de Marchi, (Ericlea) Il Ritorno d'Ulisse in patria en la Salle Pleyel de Paris dirigida por William Christie, (Messaggiera) L'Orfeo de Monteverdi en Festival Perigord Francia, (Rosmene) Il Prigioner Superbo en Festival Pergolesi-Spontini de Jesi Italia. (Cherubino) Le Nozze di Figaro, (Polinesso) Ariodante, (Cornelia) Giulio Cesare y (Disinganno) Il Trionfo del Tempo e del Disinganno de Haendel, (Ottone) L'Incoronazione di Poppea, (Pippo) La Gazza Ladra, (Smeton) Anna Bolena, (Suzuki) Madame Butterfly, (Romeo) I Capuleti ed i Montecchi, (Olga) Eugene Onegin, (Madame La Rose) La Gazzetta, (Zia Principessa) Suor Angelica, (Siebel) Faust, (Bersi) Andrea Chénier, (Azucena) Il Trovatore, (la Belle) La Belle et la Bête, (Marchesa Melibea) Il Viaggio a Reims, Tancredi en el Teatro Real de Madrid, Gran Teatre del Liceu de Barcelona, Arriaga y Euskalduna de Bilbao, Palacio de la Ópera de La Coruña, Kursaal de S. Sebastián, Campoamor de Oviedo, Maestranza de Sevilla, Villamarta de Jerez, Cervantes de Málaga, Miguel Delibes de Valladolid, Golden de Palermo, Alte Oper Frankfurt, etc.

### MENCHU GUTIÉRREZ

Menchu Gutiérrez (Madrid, 1957), ha publicado varios poemarios, entre los cuales cabe destacar *El ojo de Newton* (Pre-textos, 2005) y *Lo extraño, la raíz* (Vaso Roto, 2015). Autora de una amplia obra en prosa, publicada en su totalidad por la Editorial Siruela, entre sus títulos se encuentran *Viaje de Estudios* (1995), *La tabla de las mareas* (1998), *La mujer ensimismada* (2001), *Latente* (2003), *Diseción de una tormenta* (2005), *Detrás de la boca* (2007), *El faro por dentro* (2011), *La niebla, tres veces* (2011) pequeña recopilación de sus primeras novelas publicadas en esta misma editorial, y *araña, cisne, caballo* (2014). Es asimismo, autora de un ensayo sobre la nieve en la literatura, *Decir la nieve* (Siruela, 2011) y de una biografía literaria sobre San Juan de la Cruz (Omega, 2004); ha traducido a autores como E.A. Poe, J. Austen, A. Brontë, J. Brodsky o W.H. Auden. Ha colaborado con el suplemento cultural de *El País* y otras revistas literarias.

La autora ha impartido talleres literarios y cursos en universidades como la Complutense de Madrid, la UNAM de México D.F. , la Universidad Internacional Menéndez Pelayo o la Universidad de Cantabria.

Asimismo, ha organizado múltiples seminarios interdisciplinares en centros culturales como La Casa Encendida (Madrid), La Fundación Botín (Santander), Koldo Mitxelena Kulturunea (San Sebastián), la Casa del Lector (Madrid), o Arteleku (San Sebastián).

### LUCIANO GONZÁLEZ SARMIENTO

Pianista de dilatada carrera internacional, especialmente en el ámbito de la música de cámara con el Trío Mompou, grupo con el que ha realizado una intensa labor de interpretación y divulgación de la música española, pedagogo de profunda dedicación docente en la Universidad Politécnica de Madrid (*Pedagogía de la expresión*) (1972-2002) y musicólogo con dedicación especial a la música contemporánea.

Su faceta de escritor se ha plasmado en publicaciones de investigación (*Psicomotricidad profunda* – Ed. Miñón, Valladolid, 1982), de divulgación (*Joaquín Achúcarro, desde el piano* – Yamaha-Ed. Alpuerto, Madrid, 2002) y de poesía (*Sonatina del aire y del viento* – Ed. Otras Voces. Santander, 2010), así como de textos poéticos que han estimulado obras musicales de algunos compositores españoles.

En la actualidad es director del Centro de Alto Rendimiento Artístico de la Institución Educativa SEK de Madrid y asesor musical de la Fundación Botín de Santander.

### **ENSEMBLE INSTRUMENTAL DE CANTABRIA**

Los componentes de este Ensemble de Cantabria son todos músicos nacidos en Cantabria cuya trayectoria profesional les ha acreditado como instrumentistas del más reconocido nivel. Su espíritu creativo y solidario, comprometido con la evolución de la música de su tiempo, ha impulsado su participación en la realización de este programa promovido por la Fundación Botín.

La pianista **Ana Gobantes**, nacida en Santoña, es Titulada Superior por el Conservatorio “Jesús Guridi” de Vitoria en las especialidades de Piano, bajo la dirección de Albert Nieto, Música de Cámara, Pedagogía Musical y Solfeo. Ha realizado estudios de Musicoterapia y Psicoterapia GIM. Becada por el Gobierno de Cantabria ha estudiado en el Conservatorio Hanzehogeschool de Groningen, Holanda, con el profesor Henry Kelder. Ha realizado numerosos cursos de perfeccionamiento de Piano con: Erick Heidsieck, Luca Chiantore, Boris Berman, Perfecto García Chornet, Roy Howat, Arpad Bodó, Almudena Cano, Serghei Yerokhin, Anna Jastrzebska, Joaquín Achúcarro, Imre Rohmann, etc.

Ha ofrecido conciertos en España, Francia, Holanda, Portugal, así como para RNE. Interesada por la música contemporánea ha realizado estrenos absolutos en la UIMP (Campus de Excelencia) y en el Festival Internacional de Santander.

Desde 2010 es Profesora y Repertorista de Cuerda en el Conservatorio Municipal “Ataulfo Argenta” de Santander.

La flautista **Lara Manzano** estudió flauta en el Conservatorio Jesús de Monasterio de Santander, Guidhall School of Music and Drama y Royal Northern College of Music (Reino Unido) becada por la Fundación Marcelino Botín, el Gobierno de Cantabria y el Ministerio de Cultura. Colabora con las orquestas Principado de Asturias, Hallé y Manchester Camerata. Desarrolla intensa actividad camerística en España, Reino Unido, Alemania, Francia, Italia y Portugal y es profesora en el Conservatorio de Música Ataulfo Argenta de Santander.

El violoncellista **Alberto Gorrochategui** comienza sus estudios musicales en Santander y los culmina en el R.C.S.M de Madrid con Matrícula de Honor, bajo la dirección del profesor Iagoba Fanlo. Se desplaza a París para perfeccionarse con el profesor del C.N.S.M. de París, el maestro Philippe Müller. Ha sido becado por la Fundación Marcelino Botín y premiado en concursos nacionales e internacionales de violoncello y música de cámara. Ha colaborado con la O.N.E y la Orquesta de RTVE y ha realizado grabaciones para R.N.E., Arsis, Deutsche Grammophon y Universal Music. Ha formado parte del Octeto Ibérico de Violoncellos dirigido por Elías Arizcuren. Es miembro del Trío Malats.

El percusionista **Víctor Manuel Aja** comenzó los estudios musicales con su padre y los revalidó en los Conservatorios Jesús de Monasterio de Santander, Arriaga de Bilbao y R.C.S.M de Madrid.

Ha colaborado con los Virtuosos de Moscú, Camerata Coral de Santander y orquesta como la de Cámara de Santander, Orquesta Reina Sofía y Capilla Instrumental A Capella y ha trabajado con directores como Spivakov, Peter Csaba, José M. Fernández, M. A. Samperio y Fernández Doval.

Es fundador del grupo Samburu y componente de Vallavera, Take 3 y Claps.

Desde 1990 es profesor de percusión del Conservatorio Ataulfo Argenta de Santander.

## Notas al programa

### *La música apaga las velas...*

Con este verso, extraído de su poema *Lo extraño* perteneciente a su último libro *Lo extraño, la raíz* (Madrid-México, 2015), la escritora Menchu Gutiérrez ha construido el eje de esta Cantata que, con música del compositor Antonio Noguera, se exhibe en este concierto como estreno absoluto.

*En mitad de la noche un niño se despierta... Miedo. Enseguida la madre viene a acunarlo y le canta. La música es una pócima sutilmente destilada y administrada por la madre para inducir el sueño en su criatura. Entre llanto y bostezos, entre recuerdo y olvido, música y amor. La canción de cuna enseñará al niño un sentimiento nuevo, el sentimiento que solo puede habitar la música. Todo vuelve al silencio y la estela de la música reina en el cuarto.*

Así describe la autora del texto de esta Cantata la urdimbre de su textura: un ensoñador canto para acunar al niño que lo reclama. Y sobre este texto, el compositor propone con su música un universo de sugerencias sonoras elaboradas desde la tímbrica instrumental del piano, como elemento conductor, y de la flauta, el violoncello y la percusión (vibráfono y xilo especialmente) como contrastes y ornamentos de lo que las voces de una recitadora y de una mezzosoprano expresan con luminosas y cautivadoras intervenciones. Se suceden las canciones de cuna, original del compositor la primera sobre texto de la autora del texto (*Duerme, amor...*), en maternal e íntima ternura cantada desde la lejanía del *claro de luna* que Debussy describe en su *Suite bergamasque*; popular la segunda, extraída del *Cancionero infantil español* que el benemérito Don Sixto Córdova y Oña recopiló en su *Cancionero (Duérmete, mi niño/duérmete, mi sol...* Libro I, canción número 333), y, asimismo popular de Cataluña, la tercera, con el tema de *El noi de la mare*, cantado por el piano con incrustaciones en *parlato* de la mezzosoprano.

Junto al intimismo de la canción de cuna de Menchu Gutiérrez y Antonio Noguera, el silencio del vacío descrito por el compositor Tomás Marco con textos de Luciano González Sarmiento, en homenaje elegíaco al crítico musical Enrique Franco (1920-2009) fallecido en Madrid el año 2009. Un profundo y enigmático dramatismo impregna la obra que abre el programa con el título *Y en un instante todo fue silencio...* en la que la voz se entrelaza con el violoncello para, juntos, deambular por los espacios remotos del vacío ingrátido donde los amantes se reencuentran.

Y entre la penumbra del vacío y la exaltación de la canción de cuna, el programa se complementa con una bella joya de uno de los compositores más conspicuos del siglo XX, el alemán Karlheinz Stockhausen, quien, entre sus propuestas vanguardistas desde el serialismo, la electroacústica y la aleatoriedad, supo encontrar el tiempo propicio para acunar el sueño de su hija Julika (1966), primera de los dos hijos que el compositor alemán tuvo con la pintora, también alemana, Mary Bauermaster. A Julika dedica Karlheinz Stockhausen la primera melodía de esta serie que tituló *Tierkreis* o los 12 signos del Zodiaco, dedicando cada número a los niños de su entorno más próximo. El año 1974 son publicadas estas melodías organizadas como “series” que el intérprete

puede reorganizar libremente, es decir, puede elaborar las variantes y variables que quiera, pero sin modificar un ápice la relación interválica de cada serie.

Antonio Noguera ha realizado para este concierto una versión adaptada a la plantilla instrumental de *La música apaga las velas*, es decir, para piano, flauta, violoncello y percusión, respetando con pulcritud cuantos parámetros armónicos, rítmicos, agógicos y dinámicos estén implícitos en la configuración de cada serie propuesta por el compositor alemán.

Stockhausen escribió solamente la melodía con la que se identifica cada serie de cada signo del Zodiaco, y a esta melodía añadió más tarde, como elemento de apoyo, un desarrollo armónico en acordes, como orientación para elaborar ortodoxamente cualquier versión posterior. El paso del tiempo y el atractivo de esta obra han estimulado muchas versiones de la más variada configuración vocal e instrumental, y a las numerosas versiones existentes se añade hoy la realizada por el compositor Antonio Noguera para ser estrenada en este concierto.

**Luciano González Sarmiento**

## TEXTOS

### La música apaga las velas (Menchu Gutiérrez)

En mitad de la noche, un niño se despierta.

Ha sentido un frío repentino y se revuelve en la cuna en busca del molde de calor perdido, de la calidez en la que estaba a salvo.

Entre el frío y el calor, la almohada está empapada de sudor y, aunque el niño quiere volver a dormir, no puede; algo tira de él en otra dirección, hacia afuera, dejando su sueño al raso.

El niño desprotegido llora; la luz del pasillo se enciende y abre la puerta:

Duerme, amor, róbele a la luna  
el ser de su atalaya,  
duerme,  
que un farolito y una canción dejo al portal de tu sueño.

Todas las canciones de cuna le piden a un niño que duerma.

La cuna es un nido hecho de brazos y de manos entrelazadas, y en este nido se incubaba el sueño del niño. El nido le recuerda el vientre de la madre; el balanceo, los viajes que hacía en su interior, una secuencia acunada de desplazamientos ciegos; el tiempo en el que su único paisaje era el lago oscuro en el que vivía sumergido...

Para acunar, la canción de cuna debe mudar la voz de la superficie, ser capaz de sonar bajo el agua, de devolver al niño el fondo de ese lago.

El sonido bucea... “duerme, duerme”..., se concentra y pesa sobre los párpados del niño.

Pero los ojos del niño están todavía abiertos -abiertos a la música, como los oídos-, y dejan que la música los llene de sonido: los ojos del niño son pozos en los que cae el cuentagotas, el colirio de tinta de la nana, espejos sin fondo en los que se arremolina el sueño... “duerme, duerme”..., en los que se deslíe la nana como un hilo de negrura esencial en un vórtice hipnótico.

Cuando los ojos del niño dejan de llorar, distinguen en su cielo unos labios y, entre los labios, un sutil cuarto menguante de dientes blanquísimos, que brillan intermitentemente en la oscuridad del cuarto. Bajo este firmamento, se modulan consonantes... sssss... se forman vocales... aaaa... eee... y la canción de cuna se impregna de otra clase de música: el olor que viene del cuerpo que acuna, la temperatura de sus brazos, el tacto de los dedos que acarician la piel del niño.

La canción de cuna se extiende a todos los sentidos y canta. “Aquí estamos los cuatro: tú y yo, el sueño y la vigilia”, dicen también unos ojos más allá de ese cuarto menguante.

“Ya has abierto los ojos -dice al niño la canción de cuna-, ya has conocido la luz y, con ella, la sombra; has comenzado tu larga tarea de reconocimiento, tu aprendizaje de un mundo y tu olvido de otro; estás cansado; has experimentado también el miedo, por

primera vez, has conocido el calor y el frío, el hambre y la sed, y no has sabido de dónde venían o hacia dónde dirigirte para saciarlos. Has llorado, como ahora lloras porque tienes sueño, porque recuerdas estar dormido aunque no sepas qué significa estar dormido... “Duerme, mi niño duerme”... Pero sabes que si te introduces en ese bucle de sonido, si vuelves a desintegrarte como materia en materia musical, si haces tuyo cada poro de la piel de la música, llegarás al mar en el que se duerme y siempre se renace”.

La música está en el cuarto a oscuras, atravesada en su silencio por el llanto de un niño, y, una vez más, se pregunta por qué se arremolina, por qué se rebela contra el silencio, o por qué interpreta el silencio.

La música hierve en un caldero y medita sobre la nana: deslíe el deseo del sueño con el silencio y se prueba a sí misma como llave, como compuerta que abrirá el cauce de esa acequia que va hacia el niño: la música riega con agua soñante y dice “duerme, duerme...”

La canción de cuna está en pie, en medio de la oscuridad del cuarto, y tiene ojos y cara, un tacto suave de almohada en el pecho, un aroma dulce en el cuello, calor en los brazos, y quien canta reconoce de pronto todo su poder: “duerme, duerme”, dice el puente entre la vigilia y el sueño.

Quien canta sabe, de pronto, que la canción le inviste de un poder mágico, y que con la pócima sonora, sutilmente destilada, pacientemente administrada, puede inducir al sueño.

Quien canta se inviste de magia e imprime los cinco sentidos de la canción de cuna en la memoria del niño.

Quien canta lleva su mensaje en un péndulo: “duerme, duerme”.

Quien canta mira desde su posición de puente los dos mundos, el de la vigilia y el del sueño, y, antes de comenzar su trabajo, mira dentro de sí, regresa a su infancia, se canta a sí mismo: en realidad, quien canta se acuna a sí mismo, se sostiene a sí mismo en brazos, y sólo cuando ha regresado a su pequeño yo y se ha reconocido, sale de él para dar al niño lo que él mismo desea. La música debe ensimismarse, conocerse y, después, salir de sí misma hacia el oído ávido del niño, porque el niño, cansado de la vigilia, del duro aprendizaje, busca obedecer la bondadosa orden: “duerme, duerme...”

Confuso, entre el recuerdo y el olvido, el niño comienza a entreverar llanto y bostezos... y deja la puerta abierta a los cinco atributos de la canción de cuna.

De nuevo, quien canta siente la marca candente que puede dejar en la memoria del niño y labra su mensaje: “cuando crezcas, no me olvides; no olvides el lazo que nos une; recuerda estos latidos”.

La voz es el hilo de araña, que va tejiendo una tela para el sueño, y una trampa para la memoria: “no olvides estos latidos” -el hipnótico ruego de la canción -”hagamos, tú y yo, que esta cuna, que esta unión, sea eterna, concibamos eternamente el sueño”.

Quien canta, apuntala el propio temor con el valor que inspira la fragilidad del niño: “no temas, duerme, duerme, yo velo por ti; nada puede tocarte, salvo el sueño”.

La voz siente el poder de la música sobre la materia y sabe que la canción de cuna puede reducir el mundo a la palma de su mano. En ese espejo, el mundo tiene la escala del niño, y el niño puede ser pequeño sin temor. Hay un farolito en el portal de su sueño; los árboles del bosque tienen el tamaño de sus dedos, y, cuando no quiere más mundo, el niño puede derribar casas con un soplo de gigante.

El sueño se rompe en la cuna de un niño, un ruido lo ha sacado de su bola de calor. El niño llora y la pequeña luz se enciende en el cuarto. Los brazos lo acunan y un susurro prepara el camino de otro modo de decir duerme: la caja de música se abre junto a la cuna y las notas metálicas comienzan a encadenar una melodía. Cuando, después de

deslizarse sobre los dientes de la rueda, las lenguas de metal se desprenden finalmente de ellos y emiten su sonido, como piedra de toque del sueño, comienza el encantamiento del timbre monocromo, uniforme. La caja de música dice: duerme, duerme, duerme, duerme y lleva al niño en su rueda, duerme, duerme, duerme, duerme, a la oscuridad de la caja cerrada.

En la isla remota, la madre canta al niño su nana cósmica y sobre el niño llueve el carillón de los dioses. La madre guarda una caja de música en el interior de su boca; un campanario es el cielo de su paladar y el río de la saliva bulle con sus peces.

En la choza, seis mujeres rodean a un niño. De sus bocas salen pájaros. Sus labios enmascaran picos de pájaros. Con los picos, la canción de cuna arranca ramas y hojas, y con las ramas y las hojas forman un nido. La caja de música es un trenzado de ramas, y el encantamiento es el nido que tejen.

La canción de cuna viaja en el tiempo, portadora de bosques, de palacios, de caracolas habitables, de mundos de sueño o de mundos desaparecidos; la distancia no importa a quien canta porque, a través de la canción de cuna, ha heredado el bosque, y cuando canta está realmente en él, en el bosque de su deseo, el bosque al que el niño llegará por el hechizo de la música, por la fe puesta a cantar. El niño no entenderá siempre el significado de las palabras, pero sentirá el tatuaje de la canción de cuna y descifrá su destino de significado. Y, cuando diga amor, la canción de cuna enseñará al niño un sentimiento nuevo, la vida diferente del sentimiento cantado, el sentimiento que sólo puede habitar en la música.

Han pasado los años y los siglos por la canción de cuna..

Es de noche, y la tormenta enciende a intervalos la habitación donde el niño se ha despertado en la cuna. Los truenos siguen a la luz y se abren paso a través de la lluvia sin tocarla; el llanto del niño va de un lado a otro, golpeándose contra las paredes de la habitación, ahogado en su propio caudal. La tormenta es espejo de la asustada vigilia.

La música se pone a pensar y las palabras comienzan a encadenarse. Siguen el rastro del desasosiego en forma de llanto, e interpretan la necesidad del sueño.

El sueño de hoy no es distinto al sueño de ayer, tampoco el hambre del sueño es distinta, pero el testigo debe creer en su mensaje para interpretarlo, y se siente solo en medio del puente.

En este momento, este hoy en el que no hay ayer o el ayer no sirve, en el que el llanto del niño comunica una tormenta insaciable y la oscuridad se llena de bocas luminosas, el testigo se pone a cantar el recién nacido encantamiento:

Duerme, duerme,  
hazte de noche conmigo.  
Yo soy la canción de cuna, yo soy la nana,  
oscura como el fondo del lago,  
en el que los ojos se cierran para ver.  
Yo soy la luna nueva de las canciones.  
Yo soy el sueño.

La habitación en la que el niño duerme se ha quedado en silencio. Pero el silencio de ahora es distinto al anterior. El espectro de la música reina en el cuarto, su estela reina... y en la respiración del niño y en sus latidos contamos las estaciones del sueño, acechamos la música del sueño.

**Y en un instante todo fue silencio...** (Luciano González Sarmiento)

Se fundieron las lunas con las noches  
y en un instante todo fue silencio.  
Solo un sollozo. Entre las espigas  
se oyó un suspiro mitigando el viento  
de una espera contenida en velas.

Morir para nacer de nuevo juntos  
en el reencuentro de la noche eterna  
donde vivir es amar sin palabras,  
despertar al silencio en cada aurora.

Ya la vida detuvo su andadura,  
y el destino, mirando a las estrellas,  
diseñó luminoso el horizonte  
donde ella espera.

Se detuvo el tiempo  
y se cerró el ciclo mirando a ciegas  
sin ver apenas nada más que sombras  
ataviadas de velos y de tules  
cubriendo el rostro de los sueños. Pero  
llegó el momento de la luz etérea,  
momento desprendido de la idea,  
luminoso dintel de la conciencia  
levemente dormida presintiendo  
que existe en el silencio de la noche,  
cercana al infinito donde habita,  
la realidad soñada palpitando.

Descubre, sí, la muerte el infinito,  
realidad abisal donde la vida  
carece de ausencia y de presencia,  
donde el abismo es lecho y la belleza  
aire sutil ornamentando el cielo.

Nacer muriendo con el alma en vilo  
sin lograr acercarse a la respuesta  
de ser y de existir al mismo tiempo.

Morir naciendo desde las espigas  
donde la tarde dora su morada  
derramándose tenue tras la bruma.

Vivir de nuevo el amor en cada aurora,  
rozar la piel de seda en cada instante  
y abandonarse al fin a la ternura  
antaño construida entre las horas.

Llegó el reencuentro largamente ansiado,  
el silencio amoroso, la quietud  
dibujada indeleble en cada cuerpo,  
llegó el momento de sentir los lazos  
tejidos cada día en el ensueño  
de un amor proyectado al firmamento.